

Algunas aproximaciones a los cambios en las representaciones sociales en los jóvenes universitarios.

Graciela Pozzi.

Cita:

Graciela Pozzi (2004). *Algunas aproximaciones a los cambios en las representaciones sociales en los jóvenes universitarios. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/611>

Título: Algunas aproximaciones a los cambios en las representaciones sociales en los jóvenes universitarios.

Autora: Lic. Graciela Pozzi

Institución: Universidad de Buenos Aires. Ciclo Básico Común

Email: prosec@cbc.uba.ar

INTRODUCCION

Nuestro trabajo intentará presentar una aproximación a como se han ido debilitando y desarticulando los viejos contenidos de las representaciones sociales en el marco de una sociedad que, en el último cuarto de siglo, ha experimentado dos formas de exclusión sucesivas en el tiempo. La primera de ellas asociada al exterminio de toda forma de oposición política y que recurre a la desaparición física de las personas para llevar a cabo su propósito disciplinador. La segunda adquiere la figura de la exclusión económica y social, ligada al achicamiento del mercado laboral y un progresivo debilitamiento de los núcleos sintetizadores de la integración social. Debemos recordar, para este último caso, que el trabajo ha funcionado como un elemento sustantivo en todo proceso de inclusión social y constitutivo de identidad cultural.

La elección como eje del concepto de representaciones sociales obedece a que las consideramos centrales en la producción de un ideal de sociedad y de un nosotros colectivo, erigiéndose en el lugar de la reproducción simbólica.

El proceso de concentración de riquezas, en manos de unos pocos, y simultáneamente la declinación económica sufrida por la mayoría que se inicia con la última dictadura militar, genera una sociedad más heterogénea, fuertemente inequitativa y, lo que es más grave para nuestro país, con una movilidad social descendente -fenómeno no registrado con anterioridad en nuestra historia-. En el terreno de las representaciones sociales esto se verifica como la pérdida permanente de posiciones y atributos sociales, percibidos como valiosos e inalienables, que se consideraban asegurados por quienes nos precedieron.

Creemos que los cambios en el papel del Estado y las consecuencias del proceso de exclusión van más allá de la pérdida de puestos de trabajo, y que, por tanto, la reconfiguración de los nuevos contenidos de las representaciones no esta ajena al contexto de profunda vulnerabilidad social existente y sus anclajes aparecen ligados a condiciones precarias, fragmentadas y no colectivas. En efecto, el fantasma de la vulnerabilidad atraviesa toda la estructura social, no se trata de que la situación de riesgo sea real importa que se piense como tal. El debilitamiento de las instituciones, que se percibían en el pasado como significantes y garantes de nuestro lugar en el mundo, junto con la precarización de la vida cotidiana para buena parte de la sociedad, conducen a la construcción de una individualidad frágil y carente de proyectos a largo plazo, afectando la posibilidad de pensar, desde una perspectiva individual, proyectos de vida futura de relativa consistencia. Los estudiantes universitarios han sido la población elegida para verificar nuestras hipótesis ya que a futuro ocuparán espacios de gestión y de decisión mientras que en el presente se constituyen como un grupo expuesto a una situación de vulnerabilidad y precariedad tanto laboral como de proyecto de vida.

LA ELECCIÓN DEL CONCEPTO REPRESENTACIONES SOCIALES

Los noventa han dejado una huella profunda en la sociedad argentina, y lo han hecho fundamentalmente en el orden simbólico que constituye el nosotros colectivo. Para poder comenzar a entender que ha cambiado debíamos recurrir al análisis de un espacio que resultara a la vez constitutivo de lo particular y que articulara con lo social. Las representaciones parecían cumplir ese papel. Los cambios y modificaciones que sufren están en función de aquellos que la propia sociedad convalida, en tanto que su carácter deviene de los equilibrios sociales estructurales. Las representaciones funcionan como regulaciones sociales y en cierta forma como naturalizaciones de lo social.

Si acordamos definir las como construcciones sociales impersonales y colectivas que representan el acervo de conocimiento socialmente disponible, y que se despliegan como formaciones discursivas más o menos autonomizadas en el proceso de modificación de significaciones sociales. Entonces dichas construcciones nos remiten a las condiciones de posibilidad, en cada uno de los integrantes de la vida colectiva, de pensar e interpretar la realidad, a partir de una apropiación de los elementos propios de cada instancia a que los individuos tienen acceso y que se hallan presentes en la base social de conocimiento histórico disponible. En tanto los individuos tienen que fijar su posición frente a situaciones o acontecimientos en cada una de las dimensiones de la vida moral y material, lo social interviene aportando en los marcos de aprehensión los elementos del “fondo

social de conocimiento”¹. Las representaciones contienen las formas que posibilitan la comunicación intersubjetiva que se establece a partir de un contexto concreto de circulación de códigos y valores, de imágenes y opiniones relacionados con los orígenes de las posiciones y las pertenencias sociales en que éstos se hallan o se creen situados.

Corresponde establecer que no estamos dándoles un tratamiento de mero acontecimiento intraindividual o bien por el contrario, como un producto de fenómenos culturales o ideológicos. Nosotros las abordamos como un complejo proceso en el que se involucran ambos aspectos y la resultante de esa conjunción.

Si las representaciones operan de manera compartida y los cambios estructurales inciden en su formulación generando respuestas defensivas y alternativas, no deben entenderse como una simple duplicación de lo real ni de lo ideal, así como tampoco constituyen la parte subjetiva del objeto ni la parte objetiva del sujeto. Se constituyen como múltiples procesos de carácter simbólico que no sólo reproducen sino que a la vez conservan la capacidad de alterar las significaciones sociales. Como expresa Piaget “el sujeto no es un simple teatro en cuyo escenario se interpretan piezas independientes de él y reguladas de antemano... sino el actor y, a menudo, incluso el autor de estas estructuraciones”.

Partiendo de esta conceptualización, nuestro planteo tomará en consideración la “desestructuración moral” de los sujetos. Entendiendo por ello, una pérdida de validez de los anclajes que se prefiguraban en las representaciones sociales que constituyeron la base del tipo social que acompañó al Estado Benefactor; y cómo

¹ Utilizamos aquí el concepto elaborado por Norbert Elias.

este proceso de desestructuración genera una situación de vulnerabilidad social que dificulta la elaboración de nuevas identidades y nuevos contenidos de representaciones sociales que puedan constituirse en un tejido social-simbólico que reinstituya una idea de lo colectivo.

CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES. FRAGILIDAD Y MALESTAR SOCIAL

Como lo expresara Karl Marx hace más de un siglo, las condiciones sociales en las que cada miembro de la sociedad debe constituir su vida, tomar decisiones y planificar su futuro no se eligen. Nada más cierto en las percepciones que tenemos hoy en día de nuestra situación en el mundo.

Pero esta realidad no era percibida así hasta no hace mucho. La incorporación al mercado de trabajo funcionaba como un integrador social, permitiendo a cada uno construir su “lugar en el mundo” mientras que el Estado y sus instituciones reconocían su responsabilidad acerca del bienestar público, y “público” incluía a todos los individuos de la comunidad. Este bienestar podía traducirse como una cobertura de las necesidades de cada uno, con independencia del lugar que se ocupara en la estratificación social o su relación con el mercado. Podría hablarse de una tendencia funcional a equiparar las desigualdades. Pero si este era su carácter estructural, en el conjunto de las representaciones sociales, se constituía como una garantía de certezas compartidas constituyéndose en uno de los núcleos dadores de sentido para la vida de los sujetos.

Para garantizar la reproducción del ciclo de acumulación se hacía necesario mitigar algunos de los efectos de esas desigualdades, a partir de una forma de

compensación que apuntara a un consumo ampliado. Esta cuestión no se percibía como una simple compensación, en el ámbito de las representaciones sociales, sino como una cuestión natural de la vida en sociedad, ese y no otro era el rol asignado al Estado.

La crisis desatada a comienzos de los setenta en el modelo de acumulación requirió de un cambio en el papel y en la acción que el Estado debía desarrollar. Se desnudaba, entonces, el enfrentamiento, siempre latente, entre la racionalidad del interés y una ética de la solidaridad. El discurso neoliberal estipulaba que el Estado Benefactor “les saca dinero a los más exitosos y emprendedores para dárselo a los indolentes, ociosos y fracasados”². La ética de la solidaridad debía caer aplastada por la idea de que quienes recibían beneficios eran “ociosos y perdedores natos” con independencia de sus condiciones y/o posiciones objetivas en la sociedad. Por tanto, los que habían logrado el éxito a través del “esfuerzo personal” no debían sostener a los que no se esforzaban lo suficiente. Las desigualdades sociales se convertían en cuestiones de responsabilidad individual. Una de las consecuencias más funestas resultó ser el creciente desinterés por la acción pública y/o colectiva. Ya que no cabría esperar nada del Estado había cada vez menos motivos para participar activamente en la vida política y pública de la sociedad.

En nuestro país la primer mitad de la década de los setenta mostró el agotamiento del modelo que se ligaba originalmente con la sustitución de importaciones y que tenía como premisas el pleno empleo, cierta equidad en la distribución del

² El comentario pertenece a Boyson, R “Down with the poor”, Churchill Press, Londres, 1971 y la cita se toma de Bauman, Z. “Trabajo, consumismo y nuevos pobres”.

producto social y el crecimiento del mercado interno. En este contexto la cohesión social se realizaba a través de políticas redistributivas, de una importante inserción laboral y de la protección de los derechos sociales y laborales garantizados por el Estado. Si bien se desarrolló siempre en un espacio de luchas y conflictos, implicaba la posibilidad de incorporar permanentemente amplias capas de la sociedad al proceso de producción y consumo a la vez que definía una movilidad ascendente.

A partir del golpe militar (1976) y hasta la fecha se gesta y cristaliza una nueva forma de Estado. El Estado neoliberal surge acompañando un modelo productivo que requiere e impone de una fuerte desregulación económica y de la reducción a su mínima expresión de los derechos sociales y las prácticas colectivas que los consolidaron. Si la última dictadura militar fue el momento fundacional de un profundo cambio en el aparato productivo también significó un quiebre ideológico y simbólico-cultural que desvalorizó las utopías de la modernidad y disciplinó, por medio del terror, a la sociedad argentina. La sistemática violación de los derechos humanos llevada a cabo con medios inéditos para la historia de nuestro país -desaparición forzada de personas-, la impunidad y la corrupción que acompañaron estas acciones, perpetradas desde el dominio absoluto del aparato del Estado, no fueron castigadas al retornar la democracia, disipando la homogeneidad simbólica a que había dado lugar el reclamo colectivo de respeto por los derechos humanos que se expresó en las elecciones de 1983.

El Estado que hasta poco antes garantizaba la inclusión podía ahora penalizar con la máxima forma de exclusión: la desaparición. Esta experiencia marcó en el universo simbólico la peligrosidad de los compromisos solidarios y adscripciones a

grandes colectivos políticos. A partir de este corrimiento lo individual y las prácticas de retracción sobre la dimensión privada fueron adquiriendo relevancia en el espacio de las representaciones, amalgamando simbolizaciones que darían lugar a una fragmentación de las identidades colectivas constituidas durante el proceso de modernización social. Si bien no es el tema central de este trabajo consideramos apropiado aclarar que el exterminio sistemático de opositores políticos fue y es relatado desde el sentido común como algo que le ocurrió a “algunos” perpetrado por un grupo de “locos y perversos” y sobre lo que “nosotros” tuvimos poco o nada que hacer. Esta percepción tranquilizadora, ya que nos coloca en el lugar de la inocencia del espectador, oculta y enmascara el hecho de que “fue” posible (y puede volver a serlo) porque el Estado implementó, desde una estricta ingeniería del control social, una forma de disciplinamiento que le resultó particularmente útil cuando la crisis en el régimen de acumulación requirió la privatización de las empresas del Estado, la precarización y reducción de los puestos de trabajo en el ámbito privado y la cancelación de las compensaciones sociales propias del Estado Benefactor.

La confluencia de las nuevas condiciones laborales y su correlato en la inserción social, más el pasado de terror que indicaba que todo compromiso con lo público resultaba peligroso, expulsó al grueso de la gente hacia el ámbito de lo privado en un proceso de implosión de todo contenido colectivo en las representaciones sociales. Condicionados por esta realidad cada uno se sintió librado a su propia suerte, debiendo hacerse cargo de los riesgos y responsabilidades de su vida particular sin disponer, en la mayoría de los casos, de los medios adecuados, es decir, sin capacidad para construir o reconocer las condiciones de la acción

colectiva, constituyéndose los factores del medio en datos de la realidad que se han materializado y sobre los cuales no se puede operar. Como ha dicho Ulrich Beck se trata de “soluciones biográficas a problemas sistémicos”.³

En todo proyecto de vida, que se construye a partir de la historia y en el que el concepto de progreso tiene significación, el futuro debería adquirir un carácter gradual y el pasado dotar de sentido al presente. Pero cuando la recuperación de la historia aparece obturada y el futuro es incertidumbre, el individuo queda atrapado en un presente continuo. Sin horizonte de sentido que justifique el hoy, éste pierde perspectiva y se torna omnipresente, quedando imposibilitado de diferir costos y gratificaciones al futuro. Todo ocurre simultáneamente, toda demanda es demanda individual y aislada y debe ser resuelta y satisfecha sin dilación.

Sabemos que el contenido de las representaciones se nutre del corpus de ideas imperante en la sociedad. Si desde los discursos predominantes se ha insistido en los criterios de racionalidad del mercado –eficiencia, competitividad, flexibilidad, rentabilidad, consumo- como valores supremos e inapelables se comprende que el tipo de individualidad que se ha constituido tienda al éxito inmediato y sea refractario a todo compromiso colectivo.

En estas condiciones, la constitución de una red social de integración fundada en principios universales se torna inviable porque en el mercado prevalece la individualidad y la desigualdad. Por lo tanto disminuye la cohesión social aumentando los umbrales de incertidumbre. La contracara del éxito individual es la inseguridad y la soledad, en tanto los proyectos y triunfos personales no pueden

Citado por Zygmunt Bauman en “La sociedad sitiada” Fondo de Cultura Económica.

compartirse porque se han obtenido en la lucha feroz de todos contra todos en el mercado. Un claro ejemplo resulta la vida aislada e intramuros en los countrys y el permanente miedo a ser víctima de alguna forma de violencia (secuestros, robos, violaciones). El horizonte social común desaparece y con éste las certidumbres que se construían a partir códigos interpretativos comunes.

Para los nuevos pobres y los desposeídos de siempre la ilusión de achicar la brecha que los separa de los triunfadores a partir del esfuerzo y del trabajo es reemplazada por la posibilidad de “golpes de suerte”, magia y azar. Loterías varias o programas de televisión que regalan fortunas componen uno de los pocos horizontes de esperanza a los que pueden acceder.

Para miles de jóvenes resulta cada vez más claro que sólo con “suerte” lograrán alcanzar una posición social similar a la de sus padres, pero en un tipo de relación laboral flexible e incierta. En este contexto, la construcción de un futuro pierde sentido y la palabra progreso se vacía de contenido, lo que antaño podía manifestarse como una situación momentánea, es contemplada en la actualidad como definitiva en tanto las instituciones que solían cumplir el rol de favorecedoras de la movilidad social se han tornado difusas o han devenido obsoletas.

La construcción de las representaciones oscila permanentemente entre satisfacer la necesidad de saber quien se es y que lugar se ocupa en el mundo con el imperativo de que esto sea lo suficientemente flexible y ambivalente para no impedir los cambios a los que se es sometido. Es por ello que las representaciones tienden a construirse con arreglo a las características del consumo, como espacio de lo efímero y lo volátil, lo transitorio y temporario, en

tanto esto permite una suerte de armonía con la demanda social de *aggiornamento* permanente.

En resumen, los cambios y transformaciones socio-productivos van acompañados de las actuales condiciones de trabajo y éstas son leídas como “libertad de acción”, “autonomía” y “derecho a la realización personal”, no es menos cierto que también se perciben y se constituyen, en las representaciones sociales, como necesidad de un retiro sobre el sí mismo frente a la falta de seguridad, desarraigo forzoso y futuro incierto que traen aparejadas.

ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS Y LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS REPRESENTACIONES

En atención a las características de este trabajo iniciaremos este apartado seleccionando algunos pocos datos que nos permiten situar a los estudiantes universitarios como parte de aquellos sectores de clase media que han visto declinar su nivel de vida en los últimos años.

Nuestros entrevistados residían en general en Capital Federal y en el primer cordón del conurbano bonaerense. El nivel ocupacional de los padres mostraba que más del 35% trabajaba bajo relación de dependencia, como empleados administrativos o bien como gerentes en Pymes, un 13% correspondía a profesionales universitarios. En cuanto al nivel de instrucción un 24% declaró que sus padres tenían nivel universitario completo, 12,4% universitario incompleto, mientras que el porcentaje más alto (33%) se ubicaba con secundario incompleto.

Otro dato significativo es el modo en que resolvían su relación con el Sistema de Salud. La mayoría lo hacía a partir de su inserción en sistemas de Obras Sociales y como puede apreciarse en el cuadro hay quienes declararon no tener cobertura médica es decir su atención quedaría a cargo de los hospitales públicos. Esta última situación confirma la caída en el nivel de vida de las clases medias en los últimos años.

Cuadro 1 Estudiante UBA por tipo de cobertura médica

Tipo de cobertura	%	Absolutos
Sin cobertura	17	42.387
Obra Social	54	135.875
Sistema Pre - pago	29	74.998

Fuente: Censo Estudiantes UBA 2000. Secretaría Académica UBA

En los dos siguientes cuadros vemos como más de la mitad de los jóvenes universitarios estaban relacionados con el mundo del trabajo, ya sea en condición de ocupados o buscando empleo.

Cuadro 2 Situación laboral comparativa de los estudiantes de la UBA, 1992, 1996 y 2000.

Situación	1992	1992	1996	1996	2000

laboral	Cap.	GBA	Cap.	GBA	Capital y
	Federal		Federal		GBA
Trabaja	69,3	69,7	57,3	55,0	58,6
No trabaja	30,7	30,3	42,7	45,0	41,4

Fuente: Elaborado con base en los Censos de Estudiantes de la UBA 1992, 1996 y 2000. Secretaría de Asuntos Académicos, Universidad de Buenos Aires.

Para el año 2000 y sobre una muestra de estudiantes situados en distintos niveles en sus carreras, los que no trabajaban argumentaban porque no lo hacían y se puede ver como el 40% de ellos buscaba sin éxito empleo:

Cuadro N° 3 Estudiantes universitarios por condición de ocupación (%)

No necesito trabajar	16,4
Busco trabajo y no encuentro	40,3
No busco trabajo	23,9
Otros	18,7
No sabe/no contesta	0,7

Fuente: Proyecto de investigación TU14 UBACYT Universidad de Buenos Aires 2000

Si los datos cuantitativos arrojaron alguna luz sobre la posición social de los estudiantes en la universidad, las entrevistas en profundidad nos permitieron analizar más detenidamente el contenido de las representaciones sociales sobre

algunos aspectos de la realidad de nuestra sociedad. La inseguridad, el rol del Estado, los conflictos sociales y las formas de participación social o política posibles para el ciudadano común fueron algunos de los tópicos tratados. En cada caso se deslizó una cierta ambivalencia en las respuestas entre el deseo de resolver las cosas dentro de las reglas de juego democráticas y que esta resolución no los involucrara demasiado. Cuestión contradictoria si pensamos que un verdadero juego democrático requiere de un compromiso importante en cada ciudadano.

El primer tema que se trató fue el de la inseguridad a partir de su manifestación más empírica los secuestros, los robos y el “gatillo fácil” policial. Sobre estas cuestiones no registramos pedidos de endurecimiento en las sanciones legales sino más bien una fuerte asociación entre las políticas económicas de los últimos veinte años, el desempleo y la violencia social que esto trajo aparejado. Pero lo más notable resultó ser como en el desarrollo de las respuestas los entrevistados se fueron deslizando hacia otras formas de inseguridad como el desempleo, la incertidumbre acerca de las reales ventajas que el título universitario les podría garantizar en lo que respecta a la construcción de un futuro mejor y la soledad en que se encontraban para poder resolver estas cuestiones. Una de nuestras entrevistadas lo resumió así:

“Me da miedo cuando pienso en el futuro y lo pienso para mí, para mis hijos y me preocupa demasiado. Me da miedo recibirme, salir con el título a la calle y pasar a ser una desocupada más y tener que trabajar en una cafetería porque no puedo trabajar de contadora. Hay muchas cosas que me dan miedo además de los secuestros. Hay responsables de esto, alguien es responsable de esto.”

En otros casos las manifestaciones eran de impotencia, se tornaban irónicas o desencantadas pero todas daban a entender la falta de un colectivo que fuera capaz de permitirles construir expectativas de largo plazo. Corresponde decir que ninguno de los entrevistados tenía alguna forma de participación activa en organizaciones políticas, gremiales o de otro tipo. En su tiempo libre, fuera del trabajo y la facultad, todos se dedicaban a algún deporte o a algún tipo de actividad lúdica realizada en grupos pequeños de los cuales se podía entrar d salir sin demasiado compromiso.

El tema de la desocupación se planteó desde dos perspectiva: la personal y cuando la desocupación tocaba a grupos socialmente más lejanos. En este último caso las manifestaciones fueron desde una posición solidaria pero distante es decir de no involucrarse hasta expresiones como: *“Tampoco hago nada al respecto, yo personalmente, estoy bastante ocupado con lo que es mi vida personal. No sé si esto está bien o está mal, es así nomás, pero lo que sí creo es que lo que los piqueteros hacen no es muy estratégico. En muchos casos es como que van al muere seguro.”*

La visión desde el espacio personal se puede resumir a partir del siguiente testimonio:

“Yo como joven, o sea para mí como que se me está cortando todos mis proyectos, bah, eso es lo que yo siento. Como que uno hoy intenta progresar pero ve que todo va para atrás, y el tema de no tener trabajo implica un montón de cosas, por ejemplo, no poder estudiar, no poder, bueno, yo soy del interior y si yo no trabajo no estudio. Entonces, hay mucha gente, me parece, muchos chicos que no tienen la posibilidad de trabajar y también bueno, de progresar...”

A mi me parece que como que a nosotros que somos jóvenes se nos están cortando las alas. Eso me parece. Como que queremos pensar en el futuro y es como que todo el tiempo vemos todo negro y... eso me parece, como que...creo que los grandes, o sea nuestros viejos ya tienen formadas sus vidas y todo. Pero a nosotros como que necesitamos o que el país progrese o irnos del país porque de esta situación no se sabe qué es lo que va a pasar.”

Expresaron sistemáticamente necesidad de certezas respecto del futuro pero en ningún caso se consideraron actores de la construcción de ese futuro, mas bien alguien se los había robado y ellos carecían de las herramientas necesarias para modificar esa situación. Las respuestas aludían, en general, a algún tipo de estrategia personal que incluía la salida del país pero en muchos casos con la clara conciencia de que afuera no los esperaba el paraíso sino tal vez un infierno más tolerable. Las posibilidades de participación activa aparecieron bajo formas muy limitadas como la firma de petitorios a las autoridades. Si registramos manifestaciones de admiración por aquellos que ponían comedores o se involucraban en acciones que tuvieran algún resultado tangible sobre el problema del hambre o la pobreza, pero en ningún caso se vieron a sí mismos haciéndolo.

Cuando se abordó el tema del Estado, las respuestas fueron unánimes en el sentido de demandar un rol más activo en la resolución de los problemas sociales y económicos. Demandas de cumplimiento de las leyes, de desactivar la corrupción, de fuerzas de seguridad confiables, de soluciones al desempleo y a la pobreza extrema. Uno de los entrevistados lo expresó así:

“El Estado me parece que tendría que ser una institución al servicio de la gente, algo organizativo, organizar un país con un montón de gente que vive junta y a la

que tendría que encausar y organizar, me parece que tiene que ser una cabeza de organización resolutiva. Me parece que es un trabajo más, con más responsabilidad.”

Los viejos y nuevos contenidos de las representaciones aparecieron permanentemente mezclados. Por una parte parecían participar de un conjunto de simbolizaciones típicas de la vieja matriz del Estado de Bienestar mientras que simultáneamente se verifica la presencia de contenidos relacionados la lógica del cálculo costo – beneficio personal que se les presenta como un imperativo social y que implica la construcción de un ámbito privado desentendido de las cuestiones colectivas.

Si bien lo presentado hasta aquí es sólo una mirada breve sobre las prácticas y discursos juveniles queda evidenciado como éstas nos permiten comprender la nueva matriz de las representaciones sociales y el modo en que se va constituyendo con elementos contradictorios, que reconocen la necesidad de lo colectivo -sea esto mayor participación del Estado en la vida cotidiana- a la vez que el cálculo del beneficio individual y de corto plazo se hace presente constantemente, y por ello, nuestra a elección de éstos como grupo exponente de los conflictos y las contradicciones entre la matriz de los contenidos de las viejas representaciones y la lenta constitución de los anclajes de los nuevos contenidos.

BIBLIOGRAFIA

- Arantes, A.: "Desigualdad y diferencia. Cultura y ciudadanía en tiempos de Globalización" en VV.AA. La dinámica global/local. Edic. Ciccus La Crujía, Buenos Aires, 1999
- Barbeito, A. y Lo Vuolo, R.: "La modernización excluyente" Unicef/Losada, 1992
- Bauman, Zygmunt: "La sociedad sitiada". Edit. Fondo de Cultura Económica, México 2004.
- Beccaria, L.: "Distribución del ingreso en la Argentina" Desarrollo Económico, N° 123, octubre-diciembre 1991
- Beccaria, L. y Lopez, N.: "Sin Trabajo" Unicef/Losada, 1996
- Beriain, J.: "Representaciones colectivas y proyecto de modernidad" Edit. Anthropos, Barcelona, 1990
- Bustos, P. (comp.): "Más allá de la estabilidad" Fundación Ebert, 1994
- Fitoussi, J.P. y Rosanvallon, P.: "La nueva era de las desigualdades" Edit. Manantial, Buenos Aires, 1997
- Garreton, M.: "Transformaciones sociales y reconstrucción de los estados nacionales: hacia una nueva matriz socio-política" en VV.AA. La dinámica global/local. Edic. Ciccus La Crujía, Buenos Aires, 1999
- Guillebaud, J.C.: "La traición a la Ilustración" Edit. Manantial, Buenos Aires, 1995
- Kosakoff, B.: "La industria argentina, un proceso de reestructuración desarticulada" en P. Bustos (comp.) op. cit.
- Lechner, N.: "Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo" en Filmus, D. (comp) Los noventa, Flacso- Eudeba, Buenos Aires, 1999

Minujin, A.: “Todos entran: propuestas para sociedades incluyentes”
Unicef/Santillana, Buenos Aires, 1998

Minujin, A.: “¿La gran exclusión?. Vulnerabilidad y exclusión en América Latina”
en Filmus, D. (comp) Los noventa, Flacso- Eudeba, Buenos Aires, 1999

Pucciarelli, A.: “¿Crisis o decadencia?. Hipótesis sobre el significado de algunas
Transformaciones recientes de la sociedad argentina” Revista Sociedad
12/13, noviembre 1998, Eudeba.

Rosanvallon, P.: “La nueva cuestión social” Edit. Manantial, Buenos Aires, 1995

Schwarzer, J.: “La industria que supimos conseguir” Planeta, Buenos Aires, 1996

Sennett, R.: “La corrosión del carácter” Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1998

Torrado, S.: “Estructura social de la Argentina”, Edit. de la Flor, Buenos Aires,
1992

Virilio, P.: “La velocidad de la liberación” Edit. Manantial, Buenos Aires, 1997

VV.AA.: “Peronismo y menemismo”, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995

